

Barry University
College of Arts and Sciences
Department of Theology and Philosophy
Southeast Pastoral Institute
Programa: Maestría en Artes en Ministerio Hispano
Miami, Florida

Quinta tarea:

Reflexión sobre los numerales 1–8; 20–33; y 46–49 de Evangelii Gaudium

Estudiante: Rafael A. Guarnizo-Martinez

ID del estudiante: 3642832

RSP 533 / Ecclesiología y Ministerios

Semestre: Otoño 2026

Al acercarme una vez más a *Evangelii Gaudium*, noto con mayor claridad la gran diferencia que existe entre haber encontrado a Cristo en mi vida y pasarla sin detenerme a percibirlo en todo aquello que Él ha querido mostrarme. La alegría que experimentaron los profetas y que los impulsó a anunciar a un Dios vivo es también la alegría a la que todo cristiano está llamado cuando se encuentra con Jesús, un Dios vivo que desea nuestra amistad. Cuando nos encontramos con Cristo, se establece una relación con Él, pero hay un segundo momento, igualmente importante: a través de esa relación comenzamos a mirar al hermano como alguien en quien también podemos encontrar el rostro de Cristo. Sin embargo, a veces resulta difícil reconocer ese rostro porque estamos más inclinados a señalar aquello que no nos gusta de la Iglesia o de nuestros hermanos, a juzgar o a quejarnos de las actividades que se realizan, incluso de aquellas en las que nosotros mismos participamos. Por eso, una pregunta esencial que deberíamos hacernos es: ¿qué debe cambiar dentro de mí para que mi ministerio no se convierta simplemente en una serie de actividades que realizo para la Iglesia, sino en una expresión de mi encuentro con Cristo? Incluso quienes trabajamos en la Iglesia como agentes pastorales podemos caer en el activismo, convirtiéndonos en personas ocupadas haciendo cosas para Dios, pero que poco a poco dejan de tener tiempo para estar con Dios.

Es precisamente cuando dejamos de centrarnos en la queja o en la crítica de lo que se hace en la Iglesia y comenzamos a mirarnos a nosotros mismos como hijos de Dios, abrazados por su amor y enriquecidos con dones y carismas para servir a nuestros hermanos, cuando empezamos a reconocer que Dios nos llama a atender a su pueblo y a pastorear a su rebaño. En ese momento comienza a activarse dentro de nosotros la dinámica de salir de nosotros mismos: ya no somos el centro de atención ni nos limitamos a pedirle a Dios por nuestras propias

necesidades, sino que comenzamos a mirar, junto con quienes caminan con nosotros, aquellas áreas que necesitan una transformación y a preguntarnos qué puedo hacer yo para contribuir a ella. En este sentido, una de las afirmaciones que más me llamó la atención de *Evangelii Gaudium* es la del numeral 26: “sin vida nueva y auténtico espíritu evangélico, sin fidelidad de la Iglesia a la propia vocación, cualquier estructura nueva se corrompe en poco tiempo.” Esta afirmación me hace reconocer una vez más la importancia de permanecer con Jesús y de cimentar en la oración y el discernimiento todo proyecto que emprendamos en la Iglesia. No se trata únicamente de cambiar actividades, sino, en ocasiones, de cambiar la orientación de la actividad. En mi experiencia con el coro, por ejemplo, un ensayo puede ser simplemente un espacio para preparar canciones, o puede convertirse en un espacio donde las personas se encuentran para orar, compartir, escucharse y prepararse como ministerio para servir a la comunidad. A mi parecer, esto es lo que hace posible una verdadera renovación pastoral en el ministerio de la música: una renovación que transforma a quienes sirven y, a través de ellos, alcanza también a quienes reciben este servicio de evangelización por medio de la música.

Esto me lleva a seguir pensando, cada vez con mayor conciencia, en la manera como voy desarrollando mi ministerio. La formación que he recibido a través de diferentes fuentes, las experiencias a las que he sido invitado por SEPI y los estudios que he realizado en las diferentes materias de esta maestría me han llevado a reconsiderar la manera en que vengo organizando mi apostolado con la música. Tal vez uno de los desafíos más grandes para mí sea llevar a la práctica aquello que he ido aprendiendo y que procuro vivir en mi propia vida. Sin embargo, esta formación me invita a mirarme a mí mismo, a mirar mi ministerio y a mirar mi comunidad, incluso otras, para poder ofrecer aquellos aportes que puedan dar luz también a otros líderes y

ayudarles a ejercer sus ministerios de una manera más fructífera, que lleve a sus miembros y a sus comunidades a experimentar la alegría de Dios. Este es también el propósito que busco vivir en los coros que dirijo y en la celebración de la Eucaristía: procurar que quienes participan de la celebración tengan la posibilidad de involucrarse en el canto y, por eso, ofrecer espacios de ensayo antes de las celebraciones. Con los niños que participan en el ministerio del coro, aunque el tiempo para los ensayos resulta muchas veces limitado, aparece también la responsabilidad de acompañarlos en su crecimiento, no solamente a ellos, sino también a sus familias, buscando maneras de involucrar a los padres y de ayudarles a continuar en sus hogares ese acercamiento a quien da la verdadera alegría. Por eso también hace eco en mí la afirmación del Papa Francisco en el numeral 49: “Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades.” Y continúa: “Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención.” Esta frase me da fuerza para vencer mis propios temores, inseguridades, errores y limitaciones, y para entregarme a la comunidad como el instrumento que Dios ha colocado en este preciso momento y lugar. El desafío es arriesgarse a salir y, como Jesús nos manda, “darles de comer”: poner al servicio de nuestros hermanos aquello que hemos recibido.